

perecer con el cisma una de las obras más preciosas de la revolución. No estando aún sometida el acta á las deliberaciones del Consejo de Estado, no había que discutirla ni ponerla á votación por entonces. Nada alteró el glacial silencio de aquella escena; todos permanecieron callados, separáronse sin pronunciar palabra, sin expresar una sola opinión. Pero el primer cónsul había manifestado su voluntad, ya desde entonces irrevocable, y para muchos no había ya más que decir. Significaba aquel silencio que había muchos que no querían desagradarle, y que otros muchos también, por respeto á su genio y reconocidos á la inmensidad de los beneficios que hacía á la Francia, estaban decididos á perdonarle aunque fuera un yerro.

Juzgando el primer cónsul que había estimulado ya lo suficiente á la corte de Roma, creyó que convenía poner fin al pretendido concilio de los constitucionales; dióles en consecuencia orden de separarse, y así lo hicieron: ninguno de ellos se hubiera atrevido á rebelarse contra la autoridad que iba á distribuir sesenta sedes, realizadas ahora por la institución pontifical. Al separarse presentaron al primer cónsul un acta decorosa, en la forma en que habían consignado sus miras relativamente al nuevo establecimiento religioso, que además contenía las proposiciones que hemos ya dado á conocer (1).

El cardenal Consalvi había salido de París para volver á Roma y llevarse otra vez á Mr. de Cacaull cerca de la Santa Sede. Ansiaba el papa el regreso de ambos, porque la baja Italia estaba peligrosamente conmovida: los patriotas italianos de Nápoles y del Estado Romano aguardaban con impaciencia la ocasión de un nuevo trastorno, y los bandidos del antiguo partido Ruffo, los sicarios de la reina de Nápoles, sólo esperaban un pretexto para arrojar sobre los franceses. Esos hombres de tan opuestas intenciones estaban dispuestos á unir sus esfuerzos para ponerlo todo en confusión. La noticia de la avenencia celebrada entre los dos gobiernos francés y romano, la certeza de la intervención del general Murat, acampado no lejos á la cabeza de un ejército, contuvieron los ánimos y deshicieron sus siniestros proyectos. Grande fué la alegría del papa viendo volver á Roma al cardenal Consalvi y al ministro de Francia. Congregó inmediatamente á sus cardenales para someter á su aprobación la nueva obra é hizo preparar las bulas, los breves y, finalmente, todos los actos que eran consecuencia necesaria del Concordato. El digno pontífice, á pesar de su alegría, no estaba tranquilo; tenía la certidumbre de haber obrado bien, y de no haber sacrificado en pro de la Iglesia en general más que los intereses de partido; pero la reprobación de la antigua facción del trono y del altar se alzaba en Roma violenta y tempestuosa, y aunque el Padre Santo había alejado de sí á todos los malévolos, escuchaba sus amar-

(1) No se disolvió aquel concilio cismático sino con gran desprecio de los que le componían, por cuanto se habían hecho hasta entonces la ilusión de que se les consultaría antes de firmarse el Concordato. El obispo de Jura pronunció con este motivo un discurso rebosando hiel contra la Santa Sede y el gobierno consular que les hacía tamaño desprecio; el cura Gregoire leyó un largo informe sobre los trabajos hechos hasta aquel día, y concluyó amonestando á los reunidos á mantener una agencia contra el curialismo

gas inculpaciones y le quitaban el sosiego. El cardenal Maury, juzgando con la superioridad de su talento perdida ya la causa de la emigración, y previendo quizás con secreta satisfacción el momento de una amnistía general para todos los que gemían lejos de su patria, permanecía retirado en su obispado de Montefiascone, ocupado únicamente en la formación de una biblioteca que le hacía menos enojoso su destierro. El papa, para no infundir ningún recelo en el primer cónsul, había por otra parte tratado de persuadir al cardenal de que su retiro absoluto de Montefiascone era en aquel momento una medida muy conveniente al gobierno pontificio.

El papa, pues, aunque satisfecho, andaba agitado (2), y apresuraba cuanto podía la conclusión de una empresa comenzada con tanta felicidad. Toda la congregación de cardenales aprobaba el Concordato desde su nueva redacción, y se pronunció de una manera afirmativa. El papa, juzgando que era ya preciso ponerse en manos del primer cónsul y completar ruidosamente una obra que tenía un objeto tan noble como el restablecimiento del culto católico en Francia, quiso que la ceremonia de las ratificaciones fuese acompañada de gran solemnidad y pompa. Dió, pues, su ratificación en pleno consistorio, y para aumentar aún más el brillo de esta función pontifical nombró tres cardenales. Recibió á Mr. de Cacaull con magnificencia, y á pesar de la penuria de su hacienda desplegó todo el lujo que requería la circunstancia. Teniendo que elegir un legado para enviarle á Francia, designó al diplomático más eminente de la corte romana que era el cardenal Caprara, personaje distinguido por su nacimiento (pues era de la ilustre familia de los Montecuculli), distinguido por sus luces, su experiencia y su moderación. Había

(2) Carta de Mr. de Cacaull, ministro plenipotenciario de la república francesa en Roma, al ministro de Relaciones exteriores:

Roma, 8 de agosto (20 termidor del año IX).

Ciudadano ministro:

Para informar á usted del estado de la ratificación del papa, que se espera en París, no puedo hacer más que transmitirle originalmente la carta que acabo de recibir del cardenal Consalvi.

Por hallarse éste indispuerto y precisado á guardar cama, Su Santidad ha ido hoy á trabajar á casa de su secretario de Estado.

Todo el sacro colegio debe concurrir á la ratificación; todos los doctores de primer orden tienen en qué entender y andan ocupados. El Padre Santo se muestra agitado, con toda la inquietud y el deseo propios de una doncella que no se atreve á regocijarse en el día solemne de su desposorio. Jamás ha estado la corte pontificia más recogida, ni más seria y secretamente preocupada con esta novedad, sin que la Francia, de la cual se trata y por la cual trabaja, intrigue, prometa, ni dé brillo aquí según los antiguos usos. Pronto tendrá el primer cónsul la satisfacción de ver cumplidas sus miras en su avenencia con la Santa Sede, y esto sucederá de un modo nuevo, sencillo y verdaderamente respetable.

Será la obra de un héroe y de un santo, porque la piedad del papa es grande y verdadera.

Muchas veces me ha dicho: «Tenga usted por seguro que aun cuando la Francia fuera una nación abatida y débil ante sus enemigos, en vez de ser una potencia dominante, no dejaría yo de hacer por ella todo lo que hago hoy.»

No creo que puedan citarse muchos ejemplos de haber obtenido sin violencia y sin corrupción un resultado tan grande para la tranquilidad de la Francia y la felicidad de la Europa en lo sucesivo.

Saludo á usted respetuosamente.

CACAULL.

(N. del A.)

sido embajador cerca de José II, había presenciado las tribulaciones de la Iglesia en el último siglo, y con su tacto y su don de oportunidad había muchas veces evitado más de un disgusto á la Santa Sede.

El mismo primer cónsul había manifestado su deseo de tener cerca de su persona á este príncipe de la Iglesia; el papa se apresuró á complacerle, y aún hizo grandes esfuerzos para vencer la repugnancia del cardenal, ya avanzado en años, achacoso y poco dispuesto á volver á empezar la trabajosa carrera de su primera juventud. Vencieron, no obstante, dicha repugnancia las reiteradas instancias del Padre Santo y el interés urgente de la Iglesia. Quiso el papa conferir al cardenal Caprara la más alta dignidad de la corte romana, y le nombró legado á *latere*. El legado á *latere* tiene los poderes más amplios; precede por todas partes la cruz, y puede lejos del papa todo lo que puede éste. Renovó Pío VII en aquella ocasión las antiguas ceremonias, en las cuales se entregaba á los representantes de San Pedro la veneranda señal de su misión. Convocóse de nuevo un gran consistorio, y en presencia de todos los cardenales y de todos los ministros extranjeros, recibió el cardenal Caprara la cruz de plata que debía siempre precederle en aquella Francia republicana, extraña después de tanto tiempo á las pompas del catolicismo.

El primer cónsul, agradecido á la conducta cordial del papa, le retornó las más grandes atenciones. Prescribió á Murat que no hiciera pasar sus tropas por los Estados romanos; hizo que los cisalpinos evacuasen el pequeño ducado de Urbino que habían invadido so pretexto de una cuestión de límites. Anunció la próxima evacuación de Ancona, y envió entretanto fondos para pagar á su guarnición; con el fin de evitar este gasto al tesoro pontifical. Los napolitanos, obstinados en seguir ocupando los dos territorios de Benevento y Pontecorvo, pertenecientes á la Santa Sede, recibieron de nuevo la intimación de desampararlos. Por último, hizo el primer cónsul disponer y amueblar con lujo una de las viviendas más suntuosas de París para alojar en ella, á costa del tesoro francés, al cardenal Caprara.

Las ratificaciones fueron canjeadas, aprobadas las bulas, y los breves iban á ser enviados por toda la cristiandad para estimular á los antiguos titulares á hacer sus dimisiones. El cardenal Caprara, á pesar de su edad, había precipitado su viaje á Francia, y por todas partes se mandó á las autoridades que le hiciesen un recibimiento conforme á su alta dignidad. Hicieronlo éstas con toda solicitud, y la población de las provincias, correspondiendo á su celoso llamamiento, ofrecieron al representante de la Santa Sede notables muestras de respeto que probaban cuán arraigado estaba el antiguo culto entre los pueblos agricultores. Pero se temió hacer la misma prueba con el pueblo mofador y chancero de París, y se tomaron todas las disposiciones convenientes para que el cardenal entrase en la capital de noche. Fué recibido en ésta con agasajo y alojado en la vivienda que se le había dispuesto. Hizosele saber con delicado modo que parte de los gastos de su misión quedaban á cargo del gobierno francés, por cuanto se trataba de renovar esa antigua usanza diplomática con respecto á la Santa Sede. Puso en seguida el primer cónsul á disposición del legado dos carruajes tirados por sus más hermosos caballos.

Fué recibido el cardenal Caprara como un embajador extranjero, pero no aún como representante de la Iglesia; esta recepción quedaba destinada para la época del restablecimiento definitivo del culto. Reservábase para aquel mismo día instituir los nuevos obispos, cantar un *Tedeum*, y hacer prestar al cardenal legado el juramento que debía al primer cónsul.

Las formalidades indispensables que había sido preciso precediesen á la publicación del concordato, habían absorbido más tiempo del que se creyó necesario en un principio, y se alargaron hasta la época en que acabaron de firmarse los preliminares de Londres. Hubiera querido el primer cónsul que coincidiese la fiesta consagrada el 18 brumario á la paz general con la gran solemnidad religiosa de la restauración del culto; pero era preciso que las dimisiones de los antiguos titulares llegasen á Roma antes que se aprobase la nueva división diocesana y la elección de los nuevos obispos. Estas dimisiones, exigidas por el papa al antiguo clero francés, eran á la sazón objeto de la atención general; todos deseaban saber cómo sería recibido ese grande acto del papa y del primer cónsul que habían unido sus diestras exigiendo de los antiguos ministros del culto, amigos ó enemigos de la revolución, y esparcidos en Rusia, en Alemania, en Inglaterra y España, que sacrificasen su posición, sus afecciones de partido y hasta el orgullo de sus propias doctrinas para hacer triunfar la unidad de la Iglesia y restablecer la tranquilidad interior de la Francia. ¿Para cuántos serían bastante poderosos estos dos motivos á hacerles inmolar tantos sentimientos y tantos intereses personales á la vez? El resultado probó la sabiduría del grande acto que en aquel momento el papa y el primer cónsul hicieron, y probó el imperio que podía ejercer en los ánimos el amor hacia el bien, noblemente invocado por un pontífice santo y por un héroe.

Los breves dirigidos á los obispos *ortodoxos* y á los obispos constitucionales eran distintos. El destinado á los obispos que se habían negado á reconocer la constitución civil del clero, los consideraba como legítimos titulares de sus sedes, les pedía que renunciasen por el interés de la Iglesia en virtud de un ofrecimiento hecho en otro tiempo á Pío VI, y los declaraba destituidos en caso de repulsa. Su lenguaje era afectuoso y condolido, pero lleno de autoridad. El breve dirigido á los constitucionales era también paternal, respiraba la afabilidad más indulgente, pero no hablaba de dimisión por cuanto la Iglesia jamás había reconocido á los constitucionales como legítimos obispos. Pedía que abjurasen sus antiguos errores, que volbiesen al seno de la Iglesia y que pusiesen término á un cisma que era al mismo tiempo una calamidad y un escándalo. Era como un modo de provocar su dimisión sin exigirla, puesto que hacerlo así hubiera sido reconocer la Santa Sede un título que no podía reconocer.

Es preciso hacer igual justicia á todos los que contribuyeron á llevar á cabo aquel grande acto de concordia. Los obispos constitucionales, entre los cuales había algunos que muy de grado hubieran hecho resistencia, pero cuya mayoría, mejor aconsejada, deseaba sinceramente coadyuvar al intento del primer cónsul, presentaron su dimisión en masa. El breve, aunque lleno de cordialidad, los mortificaba, porque sólo ha-

blaba de sus errores y no de su dimisión. Imaginaron una forma de adhesión á la voluntad del papa que, sin implicar la menor retractación de lo pasado, llevaba no obstante implícita su sumisión y sus renunciaciones. Declararon que se adherían al nuevo Concordato, y por consiguiente se despojaron de su dignidad episcopal. Eran unos cincuenta; todos, excepto uno, se sometieron: fué éste el obispo Saurine, hombre de imaginación activa, de un celo religioso más ardiente que ilustrado; fuera de esto, clérigo de costumbres puras, á quien el primer cónsul llamó más adelante á las funciones episcopales después de haber hecho que le admitiese el papa.

No era ciertamente la más dificultosa esta parte de la obra; era por lo demás lo que más inmediatamente podía realizarse, por cuanto los constitucionales se hallaban casi todos en París, bajo la vigilancia del primer cónsul y la influencia de los amigos que se habían constituido en sus guías y defensores,

Los obispos no juramentados estaban diseminados en toda la Europa; había, no obstante, cierto número de ellos en Francia. La inmensa mayoría ofreció un noble ejemplo de piedad y de sumisión evangélica. Siete residían en París, ocho en las provincias, quince entre todos, y ninguno titubeó en la respuesta que había de dar al pontífice y al nuevo jefe del Estado; el lenguaje en que la concibieron fué verdaderamente digno de los más gloriosos tiempos de la Iglesia. El obispo de Belloy, prelado anciano y venerable que substituyó á Mr. de Belzunce en Marsella, y que era el modelo del antiguo clero, se apresuró á dar á sus cohermanos el ejemplo de abnegación. «Lleno, decía, de veneración y de obediencia hacia los decretos de S. S., y queriendo siempre vivir unido con ella en el corazón y en la mente, no vacilo en poner en manos del Padre Santo mi dimisión del obispado de Marsella. Basta que lo estime necesario á la conservación de la religión en Francia para que yo me resigno.»

Uno de los obispos más sabios del clero francés, el célebre obispo de Alais, historiador de Bossuet y de Fenelón, escribió estas palabras: «Estimándome dichoso con poder concurrir con mi dimisión en cuanto de mí depende á las miras de prudencia, de paz y de conciliación que se ha propuesto S. S., ruego á Dios bendiga sus piadosas intenciones y le defienda de las contradicciones que pudieran afligir su corazón paternal.»

El obispo de Acqs escribía al Padre Santo: «No he titubeado un momento en inmolarme así que he sabido que este doloroso sacrificio era necesario para la paz de la patria y para el triunfo de la religión... ¡Salga ella gloriosa de sus ruinas, exulte y levántese, no ya solamente sobre las reliquias de todos los caros intereses y de todos mis bienes temporales, sino también sobre mis propias cenizas, si puedo yo servirle de víctima expiatoria!.. Vuelvan mis conciudadanos á la concordia, á la fe, á las santas costumbres; éste será el único voto de mi vida, y si llego á verle cumplido tendré mi muerte por muy dichosa.»

Fuerza es confesar que es grande y bella una institución que inspira é impone tales sacrificios y que promueve tan sublime lenguaje. Descollaban en la lista de los dimisionarios los nombres más gloriosos del antiguo clero y de la antigua Francia; los Rohán; los Latour-Dupín, los Castellani, los Polignac, los Clermont-To-

nerre y los Latour-d'Auvergne. Advertiase un entusiasmo general que traía á la memoria los generosos sacrificios de la antigua nobleza francesa en la noche del 4 de agosto; todos desplegaban la misma solicitud en facilitar por medio de un grande acto de abnegación la ejecución de ese Concordato que decía Mr. de Caault ser obra de un héroe y de un santo.

Los obispos refugiados en Alemania, en Italia y en España siguieron por lo general este ejemplo; restaba saber qué harían los diez y ocho retirados en la Inglaterra. Todos estaban en la expectativa dudando si se harían ó no superiores á las influencias enemigas que los rodeaban. El gobierno británico, reconciliado por entonces con la Francia, quiso permanecer extraño á su determinación; pero los príncipes de la casa de Borbón, los caudillos de los chuanes, los instigadores de la guerra, los cómplices de la máquina infernal, Jorge y consortes estaban en Londres y vivían con los socorros concedidos á los emigrados. Rodeaban éstos á los diez y ocho prelados, resueltos á impedir que completasen con su adhesión la reunión de todo el clero francés en torno del papa y del general Bonaparte. Hubo con aquel motivo largas deliberaciones. Hallábanse entre los recalcitrantes el arzobispo de Narbona, á quien se atribuían intereses exclusivamente temporales, puesto que con su sede iba á perder inmensas rentas, y el obispo de Saint-Pol-de-León, que según se decía se había atribuido el cargo nada improductivo de administrar los subsidios británicos de los clérigos deportados. Intrigaron con los obispos, y sedujeron á trece de éstos; pero hallaron una noble resistencia en los otros cinco prelados, á cuya cabeza se hallaban dos de los miembros más ilustres y venerados del antiguo clero, Mons. de Cicé, el arzobispo de Burdeos, antiguo guardasellos bajo Luis XVI, personaje á quien el público concepto atribuía un ingenio político superior, y Mons. de Boisgelin, obispo sabio y gran señor, que en otro tiempo había mostrado las cualidades de un sacerdote digno, fiel á su religión y amante de las luces de su siglo. Enviaron éstos su adhesión con sus tres colegas Osmond, de Noé y du Plessis d'Argentré.

Habíase, pues, sometido casi todo el antiguo clero, y la obra del papa quedó cumplida con menos dolor para su corazón que temió en un principio. Todas aquellas dimisiones, publicadas sucesivamente en el *Monitor*, juntamente con los tratados firmados con las cortes de Europa, Rusia, Inglaterra, Baviera y Portugal, producían un efecto inmenso, del cual han conservado los contemporáneos profunda memoria. Si en algo se conoció la influencia irresistible del nuevo gobierno, fué en aquella sumisión respetuosa y solícita de las dos Iglesias enemigas, consagrada la una á la revolución, pero corrompida por el demonio de la disputa, y la otra altanera y envanecida con su ortodoxia, con la gloria de sus nombres, infestado por el espíritu de la emigración, animada por un realismo sincero y persuadida por otra parte de que bastaba el tiempo para hacerla victoriosa. Este triunfo fué uno de los más grandes, de los más universalmente acatados.

Aproximábase el 18 brumario consagrado á la gran festividad de la paz general. Apoderóse del primer cónsul uno de esos sentimientos personales que frecuentemente acompañan á las más nobles resoluciones. Que-

ría gozar de su obra y poder celebrar el restablecimiento de la paz religiosa el día 18 brumario; pero para esto eran menester dos cosas: primero, que se hubiera enviado de Roma la bula relativa á las nuevas circunscripciones, y en segundo lugar que el cardenal Caprara tuviese facultades para instituir á los nuevos obispos. En tal caso se hubiera podido nombrar y consagrar á los sesenta titulares, y cantar en su presencia un solemne *Tedum* en la iglesia de Nuestra Señora; pero por desgracia se había estado esperando en Roma que llegase la respuesta de los cinco obispos franceses retirados en el Norte de Alemania y por lo que hace á la facultad de dar la institución canónica, no le había sido concedida al cardenal Caprara, porque jamás semejante poder fué delegado por el Padre Santo. Llegó el 1.º de noviembre (10 brumario); sólo quedaban ya unos cuantos días. Hizo llamar el primer cónsul al cardenal Caprara, le habló del modo más amargo, se quejó á él, con una vivacidad que no era digna ni merecida, de la poca cooperación que le prestaba el gobierno pontificio para el logro de sus proyectos, y causó en el respetable cardenal un sentimiento profundo (1). Pero reconocía

(1) Carta del cardenal Caprara al cardenal Consalvi:

Parigi, 2 novembre 1801.

«Ritornato da Malmaison verso le ore 11 della notte, mi pongo á dettare il risultato dell'abbocamento avuto col primo console. In niun modo ha fatto il medesimo parola meco del cinque articoli che in copia annetto alla mia del 1.º novembre, ma immediatamente con quella vivacità che é propria del suo carattere, ed aggruando anche, mostrando di essere indispettito, ha incominciato dal fare lagnante le piú amare contra tutti i romani, dicendo che lo menano in barchetta colla eterna lungaggine nello spedire la bolla di circoscrizione, al cui ritardo hanno contribuito col non mandare i brevi ai vescovi nel tempo che dovevano, e col non spedirli per mezzo di corrieri, come avrebbe fatto ogni governo cui premeva un affare: che studiano di prenderlo alla trappola, perche vorrebbero fargli fare la figura de bamboccio nell'indurre il papa a non ammettergli le nomine che gli farà di vescovi costituzionali, e proseguendo a parlare a guisa di torrente, ha ripetuto esattamente tuto ciò, che in presenza di monsignor Spina mi dissi jeri sera il consigliere Portalis.

«Dopo un discorso si veemente, e mescolato di espressioni assai agre, io ho presso a giustificare i romani accusati; al che egli interrompandomi ha detto: Non accetto giustificazioni, e solo dal numero eccettuo il papa, per cui ho rispetto e tenerezza... Parendomi in quel punto meno trasportato che in principio, mi sono studiato di fargli sentire che avendo tenerezza per nostro signore doveva dargliene un contrassegno con togliergli il dispiacere di nominare vescovi costituzionali. A questa proposizione ha ripreso l'antico tuono, ed ha detto: I costituzionali saranno da me nominati, ed in numero di quindici. Ho fatto quel che potevo, e non recederó neppure di una linea dalla determinazione che ho presa... Quanto ai capi di setta, il consigliere Portalis, che era presente, ha voluto assicurarmi che potevo vivere quieto, e che su i soggetti sarei stato contento; ma quanto alla sommissione, il primo console ha ripreso, è superbia il dimadarla, ed è viltà il prestarla; e qui senza attendere risposta, si è aperto un campo vasto in ordini alla canonica istituzione, e non piú come militare, ma a guisa di canonista ha tenuto un lunghissimo discorso, non diró da persuadere, ma da tenere a bada, ed in fine ha detto: Ma i vescovi non fanno la professione di fede, e prestano giuramento? Rispostogli di sí dallo stesso consigliere Portalis, ha conchiuso, questo tratto di ubbidienza al papa basta per mille sommissioni. E rivolgendosi a me, mi ha laconicamente ripetuto: Procurate che sollecitamente venga la bolla della circoscrizione, e che ciò che ne viene di seguito, e di cui vi ho parlato, non abbia per parte di Roma la stessa sorte

pronto sus yerros y procuraba al punto enmendarlos; conoció que no tenía razón, y para reparar el mal efecto producido por su vehemencia instó el cardenal á que le acompañase todo un día en la Malmaison, le colmó de agasajos y le consoló del disgusto que le había causado aquella mañana.

Se escribió á Roma, se envió á Alemania á un sacerdote respetable, el cura de San Sulpicio, Mr. de Pancemont, después obispo de Varennes, en busca de la respuesta de los cinco prelados que con tanta impaciencia se aguardaba. A pesar de eso, pasó el 18 brumario sin que hubiesen llegado aquellos deseados documentos.

Muy grande era por lo demás el brillo de aquella festividad, para no hacer olvidar al primer cónsul lo que pudiera faltar para hacerla completa; llegaron por fin las respuestas de Roma: el papa, siempre dispuesto á otorgar cuanto deseaba al que llamaba su querido hijo, envió la bula de circunscripción y el poder para instituir á los nuevos obispos conferido al legado de un modo enteramente inusitado hasta entonces. Una cosa deseaba en pago de tanta deferencia, á saber: que se le evitase el sentimiento de tener que instituir á prelados constitucionales, y esperaba de la habilidad del cardenal Caprara no salir desairado en esta ocasión.

Nada se oponía ya á la proclamación del grande acto religioso tan laboriosamente terminado; pero se había dejado pasar el momento propicio. La legislatura del año X se abrió, según costumbre, en 1.º frimario (22 de noviembre de 1801). El tribunal, el cuerpo legislativo y el senado, estaban reunidos, y se anunciaban contra el Concordato escandalosos discursos y una oposición decidida. No quería el primer cónsul que llegara á turbarse con semejantes manifestaciones una ceremonia augusta, y para celebrar el restablecimiento de los cultos resolvió esperar á triunfar del tribunal ó acabar con él. Los entorpecimientos ahora iban á proceder de él, é iba á ser la Santa Sede la apremiante. Por lo demás las dificultades subitáneas en que estaba expuesto á tropezar sólo probaban el mérito y el valor de su resolución. No se anunciaba sólo una viva oposición al Concordato, sino también al mismo Código civil y á algunos de los tratados que acababan de establecer la paz del mundo. Satisfecho de su obra y sostenido por la opinión pública, estaba resuelto el primer cónsul á no perdonar medio alguno por violento que fuese, y hablaba continuamente de aniquilar todo lo que le opusiera resistencia. Iban, pues, á mancillarse las más acabadas obras de un grande hombre y de una grande época con los arrebatos de las humanas pasiones.

che hanno avuto i brevi spediti ai vescovi, quali secondo le mie notizie non erano stati consegnati ad alcuno in Germania a tutto il 24 del passato.

«Così è finito l'abbocamento, devo però soggiungerle, che finito il medesimo all'incirca un'ora dopo mezzogiorno, egli partí con madama, stando fuori all'incirca un'altra ora; ma prima mi obbligó di rimanere presso di lui a pranzo non ostante che fossi impegnato dal fratello Giuseppe, alquale egli stesso spedí. Certamente senza esagerazione, fuori del tempo del pranzo sino á dieci ore della notte volle trattarsi meco, passeggiando alla sua maniera la piú parte del tempo e parlando di tutti gli oggetti economici e politici possibili in ordine a noi.»